

Z
I
G

Z
A
G



PRECIO: 20 Centavos

26 de Febrero de 1905

48

EN EL SANTA LUCIA



El cerro está de fiesta en estas solitarias y herriosas mañanas de febrero que no goza Santiago despo-

blado. Mucho se ha hablado, mucho se ha escrito y mucho se ha poetizado sobre la obra que la Providencia y Vicuña Mackenna han erijido a siete cuadras de la Plaza de Armas y que se conoce con el nombre de Santa Lucia.

Allí han acudido todos alguna vez; pocos, muchas veces. Los estudiantes han ido a calentar sus exámenes; los niños anémicos a hacer sus ejercicios matutinos; las nodrizas a pasear los niños con tos convulsiva; la sociedad a renovar en el rincón del teatro las tardes de la Plaza; los neurasténicos a distraer el espíritu y hasta los fantasmas en las noches misteriosas de claros de luna y silenciosa poesía.

Allí va también don Marcial Martínez. Y esto hai que decirlo en párrafo aparte porque es el más constante, el más asiduo de los visitantes de ese delicioso grupo de árboles y rocas.

Al cerro se puede ir a estudiar, pero hai también una gruta que lleva el sugestivo nombre de *la cimarra encantada*; allí se puede hacer la más concentrada y piadosa meditación; pero hai también un restaurant por cuya escalera descienden cantando los incorregibles trasnochadores; allí se puede, en fin, hacerlo todo, porque



hai sitio para todo: capilla y teatro, restaurant alcohólico y anti-alcohólico, jardines, miradores, un cañon, medio ciento de estatuas, una gran escalinata y hasta una lápida "a los desterrados del cielo y de la tierra".

El sitio es verdaderamente encantador apesar de este conjunto de cosas y artículos variados. Los árboles, los jardines, las escalinatas y ese espectáculo siempre visto y siempre nuevo de la ciudad que despierta, que vive, que duerme, que se regocija o que se conduele, y que a toda hora puede ser observado en su estensa área, hacen del Santa Lucia el mejor sitio de paseo, de distraccion y de solaz.

Pero es necesario ver el Cerro en las mañanas de enero y febrero. Una hermosa paseante, vestida con elegantísimo traje de mañana, ha querido llegar en su *tonneta* y deslizarse rápidamente por las avenidas solitarias, buscando entretenimientos y encantos, que la ciudad despooblada no puede ofrecerle.

El fotógrafo ha encontrado una preciosa ocasion de tomar artísticos cuadros del paseo, y persigue al ligero carruaje hasta encontrar las tres o cuatro interesantes situaciones que aquí insertamos. Al principio la paseante protesta y se niega a dar facilidades de ningun jénero. Llega a decir, nerviosamente, que se trata de una





(Instantánea de Zio-Zao)

ESCALANDO EL CERRO

impertinencia. Se le observa que su *toilette* blanca resalta deliciosamente en el fondo de follaje verde; que parecerá una especie de rayo de luz al traves de las avenidas sombrías; que ni el *Figaro Ilustrado* habrá insertado jamás situaciones mas poéticas; y al fin se consigue que la instantánea funcione, previa promesa de guardar religiosamente el silencio sobre su nombre.

—Usted no tiene idea qué complicaciones me pueden resultar. Si mi marido supiera que yo he dejado publicar cinco fotografías mías en un solo número, se pondría furioso... etc.

El carruaje se pierde en los recodos del camino, y la paseante ajita desde lejos su sombrilla de seda blanca. Mas tarde, aparece descendiendo por la escalinata en medio de árboles y rocas. Es un momento supremo. M. Bazin ha querido grabar a mano la fotografía que ha recojido esa instantánea no comun. El Santa Lucia que está en el medio de la ciudad, cerca de los colejos, de las oficinas, de las casas, de los clubs, es uno de los paseos menos frecuentados. Siempre se encuentra en él la tranquila soledad que convida al descanso.

Para Santiago es siempre el Santa Lucia un motivo de satisfacción y hasta de orgullo. Se le muestra a los extranjeros, se encuentra natural que se ocupen de él escritores y periodistas de otros países y son ya numerosas las descripciones ilustradas y no ilustradas que se han hecho sobre él.

Es un amor platónico en realidad, porque si realmente se amara el Santa Lucia, no se verian tan despobladas sus avenidas, tan silenciosas sus plazuelas, tan desiertas sus bancas.

Pero cada vez que el santiaguino llega casual o intencionadamente a su paseo favorito, reviven para él los mas simpáticos recuerdos del pasado. Y es que el Santa Lucia, como mudo testigo de la vida y desarrollo de esta ciudad, recibe los ecos y los guarda cariñosamente entre sus rocas.

Visitemos mas a menudo este centralísimo sitio de recreo y saludable ejercicio. Que vayan hasta él nuestros hijos a buscar aire, a hacer apetito, a subir y bajar escalinatas. Es difícil encontrar mas variedad de ejercicios gimnásticos en una sola excursion al Santa Lucia.



HACIA LA PLAZA
PEDRO DE VALDIVIA

